

## L'AMBAIXADA CATALANA DE FRANCESC PUIGJANER A PARÍS: DE JULIOL DE 1646 A MARÇ DE 1647

Manuel Calvo Rodríguez

### INTRODUCCIÓ

Desde el inicio de las negociaciones de paz en Munster en 1643, los plenipotenciarios franceses fueron los encargados de llevar los asuntos de los catalanes. Las peticiones eran: evitar que España y Francia acordasen una tregua que dejase el Principado dividido según el resultado de las campañas militares –Mazarino consideraba esta posibilidad como un paso previo para llegar a un tratado definitivo de paz–; también estaban interesados en que se les concediera la libertad de comercio con los súbditos de la Monarquía Hispánica; y, por último; que se pusiera freno a los ultrajes cometidos por las tropas francesas a los catalanes.

Para llevar a término esta misión diplomática fue escogido en marzo de 1644, Josep Fontanella, regente de la Real Audiencia, quien asesoraría a los franceses en las negociaciones. Pero, cuando en diciembre la conferencia comenzó sus trabajos, Fontanella recibió una carta de la reina regente de Francia en la que, con la excusa de que su presencia era más necesaria en Cataluña que en Münster, se le ordenaba volver, escondiendo el deseo francés de apartarlo de las negociaciones. Por un lado, habían circulado rumores de ciertos contactos de Fontanella con el representante español; por otro, Francia temía que la conquista de Lérida por Felipe IV y su juramento en agosto de las Constituciones catalanas, sembraría dudas entre los menos entusiastas partidarios de la vinculación con Francia<sup>1</sup>.

En enero de 1646 Mazarino intentó negociar con España el cambio de Cataluña y el Rosellón por los Países Bajos españoles y el Franco Condado. Naturalmente, aquella desestimó la propuesta. Cataluña por su parte designó otros dos representantes para intentar impedir por su parte que esta negociación no llegara a buen puerto. Los elegidos fueron Francesc Martí i Viladamor y Josep d'Ardena, los cuales, a causa de las presiones de la corte de París, aceptaron la posibilidad de que se firmara una tregua que consagrara la división del Principado entre franceses y castellanos. Esto provocó que fueran acusados de complicidad con Francia y de actuar en contra de los intereses de Cataluña.

En una carta Real de 18 de mayo se comunicaba a los catalanes que los plenipotenciarios de España habían propuesto que Francia retuviese los condados de Artois y Rosellón si devolvía Cataluña y el resto de sus conquistas, a lo cual Francia había respondido que no consentiría la división del Principado. Ello había provocado la protesta de los españoles

---

1. SÁNCHEZ MARCOS, Fernando; *The Futur of Catalonia: A Sujet Brûlant at the Münster Negotiations*, comunicación al congreso «350 Jahre westfälischer Friede Entscheidungsprozesse, weichenstellungen und widerhall eines europaeisches ereignisses» Münster, de 27 de octubre a 2 de noviembre de 1996; PEREZ SAMPER, Maria Àngels *Catalunya i Portugal el 1640* Biblioteca d'Història dels Països Catalans, 5, Editorial Curial, Barcelona, 1992; VVAA *La revolució catalana de 1640*, introducció d'Eva Serra, Editorial Críptica, Barcelona, 1991; SERRA Eva, *La Guerra dels Segadors*, Quaderns de Cultura, Ed. Bruguera, Barcelona, 1969 pgs 89-92; SANABRE, Josep, *La acció de França en Catalunya*, Barcelona, 1956 pgs 353-365.

diciendo que los franceses no querían firmar la paz y aprovecharse de que los demás príncipes cristianos estarían ocupados en la guerra contra los turcos<sup>2</sup>, y amenazando con retirarse de las conversaciones. Esto había obligado a los plenipotenciarios franceses a proponer que se firmase una tregua entre España y Francia por el mismo tiempo que durase la tregua entre España y Holanda que calculaban sería por treinta años. Así, al expirar ambas a un tiempo, España tendría que luchar en dos frentes a un tiempo. Luego explicaba que la costumbre de los príncipes era dejar sus provincias con alguna reputación, entregando su posesión pacífica por cierto tiempo a sus adversarios y reservándose el derecho de pretenderlas en el futuro. De esta manera se evitarían las quejas de los demás príncipes que empezaban a impacientarse diciendo que era Francia la que no quería una paz tan necesaria para combatir a los turcos. Así, los españoles, «siendo acostumbrados a no poseerla», preferirían renunciar a ella a provocar una nueva guerra para conquistarla. Estas explicaciones no surtieron el efecto deseado y los consistorios decidieron enviar un embajador a París que fue Francesc Puigjaner<sup>3</sup>.

## LA LEGACIÓN DE PUIGJANER

Fue elegido el 30 de junio de 1646. En sus instrucciones se insistía en las peticiones realizadas por los embajadores anteriores y que ya hemos comentado.

El 21 de septiembre escribía que Mazarino le había representado la gran estima que tenía Francia por Cataluña considerándola como otra provincia cualquiera, y que en Münster se había insistido en retener en caso de firmarse la tregua las plazas de Tarragona, Tortosa, Lérida y Áger. Por eso el Conde de Peñaranda –plenipotenciario español en Münster– decía que Francia no quería que España respirase, pues quería tener todas las fortalezas de su frontera e impedirle la navegación por mar, demostración de no querer la paz, por eso Francia había resuelto dar en recompensa por cada plaza en Cataluña el doble de las que había ocupado en Flandes o en otra parte.

Por otra parte Francia cedería sus derechos sobre Navarra, y ni a esto se habían adherido los plenipotenciarios de Felipe IV.

En octubre, los franceses tomaron los presidios toscanos de Piombino y Portolongone<sup>4</sup> que en sus manos constituían una segunda puerta a la intervención en Italia junto a Piñarolo que pertenecía al duque de Saboya y un instrumento de coacción contra los Estados Pontificios y el duque de Toscana, aliados de España, y la plaza de Dunkerke-fortaleza clave de las operaciones navales de los españoles en Flandes y aunque el vi-rrey de Cataluña, conde de Harcourt, fracasó ante Lérida, Mazzarino propuso retener lo ocupado en los Países Bajos, Franco Condado, y Rosellón, incluida Rosas. Todo ello dentro de un tratado de paz perpetua, de suerte que dichos territorios «permanezcan incorporados con toda seguridad a la Corona de Francia», e insistiendo en una tregua en Cataluña por la misma duración que la de Holanda. Asimismo, insistían en reservarse derechos en Navarra<sup>5</sup>. Sobre estas bases Francia no tenía inconveniente en que al mismo tiempo España firmara el tratado con Holanda.

España respondió que no cedería Rosas ni Cadaqués, ni tampoco Piombino y Portolongone; en cambio, accedió a renunciar a las conquistas en los Países Bajos y Borgoña. Mientras, en consulta de la Junta de Estado de Madrid se decía que el conde de Peñaranda había escrito que los delegados holandeses, respecto a la tregua que se había de firmar con ellos, le habían dado a entender su voluntad de que no se «concibiese con una mismo a forma de palabras

2. En aquellas fechas los turcos estaban atacando la isla de Creta que pertenecían a Venecia, por lo cual uno de los dos medianeros de paz, el veneciano Contarini, estuvo presionando a las diversas potencias presentes en Münster para que unieran sus esfuerzos contra ellos.

3. Curiosamente Puigjaner sería enviado como embajador del Principado a Madrid en 1652 tras la caída de Barcelona en poder de los castellanos.

4. Esta plaza formaba parte del llamado *Stato dei presidii* que pertenecía al Rey de España y que era un punto vital de enlace entre el Milanesado y el reino de Nápoles. El resto de presidios eran Porto Ecole, Telamonte, Monte Argentaro, Porto Longone y Piombino, situados en la costa del mar Tirreno e isla de Elba.

5. Esto contrasta con lo que se comunicaba a Cataluña sobre la intención del Rey de Francia de ceder Navarra.

la suya que la de los catalanes», y aunque ellos se inclinaban a hacer la paz con España, temían que si hablaban de esto a los franceses, éstos querrían incluir en la paz a Cataluña, lo cual dificultaría el tratado. A ello respondió que no se podía mezclar la duración de su tratado «con el capricho y locura de los catalanes». El mismo Peñaranda en carta de 25 de octubre decía que los franceses querían Casal –capital del Montferrato– o quedarse en su posesión hasta que se efectuara la liga que querían hacer en Italia–seguramente para acabar con el dominio español en la Península–aunque pretextaban que su intención era promover una liga de príncipes en Italia e «impedir la opresión de los príncipes más flacos»<sup>6</sup>.

El 23 de noviembre Puigjaner escribía que Mazzarino le había dicho que si se tomaba Lérida, se procuraría tomar también los puestos de los lugares más cercanos a las plazas ocupadas por el enemigo, y en particular Tarragona como lo más conveniente en el caso de que se firmara una tregua que «segons he compres de Sa Eminentia serian per trenta anys».

En carta posterior<sup>7</sup>, la Reina, para que Cataluña viera las ventajas que conseguiría con este tratado, decía que la paz y la tregua tenían el mismo efecto tocante a la seguridad de la ejecución de lo prometido. Ambas eran confirmadas con juramentos solemnes que hacían los reyes, y su ruptura era igualmente vengada. La diferencia era que con el tratado de la paz se alcanzaba el título para detentar a perpetuidad lo que se poseía y con la tregua larga el nuevo título dejaba intactas las pretensiones de las partes y sólo duraba el tiempo concertado. Este tiempo tan largo sería una verdadera paz para el alivio de los vasallos del Rey: se restauraría el comercio en todas partes, y particularmente en Barcelona, donde los mercaderes y menestrales tendrían ocasión de vivir con entera satisfacción. El precio de las monedas sería moderado, y las personas de todas las condiciones «hallarían su quenta»; la justicia sería administrada con toda rectitud y las medras se distribuirían según los méritos de los servicios.

Para la seguridad de la tregua se establecerían en Cataluña un buen número de tropas pagadas puntualmente y bien disciplinadas, de manera que la gente de guerra no molestaría a los pueblos, sino que traería abundante oro y plata al Principado que vendría a ser más rico que nunca. Estas fuerzas se pondrían en presidio en los lugares que se fortificaran en las zonas fronterizas a Tarragona y Lérida.

El fracaso de Orbitello había echado la perder la ocasión de tomar Tarragona que debía ser acometida en verano por mar y tierra tras el rendimiento de la anterior<sup>8</sup>. Por eso había obligación de acudir antes a las costas de Italia a romper la liga de príncipes que España había concluido contra Francia para lanzarse sobre Cataluña; y para recobrar la reputación de las armas francesas en Italia, se había tenido que hacer una segunda armada que había tomado Piombino y Portolongone, puertos de gran importancia para Cataluña «por el recelo que da a las fuerzas ultramarinas del Rey Católico». Estas empresas habían impedido la de Tarragona, considerando además que el sitio de Lérida había durado seis meses y medio sin ser culminado con éxito. Por eso se habían dado órdenes a los plenipotenciarios para que propusieran por recompensa de esas plazas y de Tortosa dos en Flandes, aunque los españoles lo habían rechazado.

Como la fuerza de las armas había obligado al Rey Católico a consentir que Francia retuviera Cataluña y los Condados durante la tregua, también los consejos de los príncipes confederados y los medianeros, por la necesidad que había de paz para luchar contra el Turco que amenazaba a la Cristiandad, habían obligado a consentir una tregua antes de cobrar esas plazas, con intención de hacer inútil su posesión a los españoles, además con los presidios se impedirían invasiones repentinas. Pero, aun así, si los españoles intentaban atacar Cataluña, el Rey pondría en pie tropas para impedir sus designios.

6. Casal era una plaza que los franceses ya controlaban y –que era la fortaleza más importante del valle del Po– representaban dos puestos avanzados en el despliegue estratégico de Francia contra la Casa de Austria.

7. ACA. Dietari de la Generalitat, Fol 887-894.

8. En julio, los franceses ya habían enviado una expedición naval contra los presidios de Toscana, pero habían fracasado en el sitio de Orbitello.

El 24 de diciembre Cataluña respondió con un memorial<sup>9</sup> diciendo que proponer el recambio a los castellanos del doble de plazas en Flandes por las que poseían en Cataluña no sería una buena solución porque áquellos, además de no querer admitir el recambio, estarían dispuestos a admitir treguas largas, porque juzgaban que la ausencia de las fuerzas francesas como se ve no se creían que en ese caso quedarán tropas francesas en Cataluña para defenderlos como se les prometía les permitiría desde las plazas que ocupaban coquistarla. Además, confiando en la posibilidad de firmarlas los castellanos desde Tarragona y Lérida obligaban a los pueblos vecinos a prestarles obediencia, y «esto no sería retener plazas sino regiones grandes y muy fértiles, lo mayor y más útil del Principado». Por eso, había que detener la firma de la tregua y aplicar el mayor número de fuerzas en Cataluña.

También decían los catalanes que Francia en una sola campaña había ganado Colliure, Perpiñán, Salses, y Monzón; el año anterior se habían tomado Rosas y Balaguer, además de consumir el ejército enemigo. Y aquel año en que había aplicado sus mayores fuerzas en Flandes e Italia, había tomado las plazas más importantes para los designios de España. Por ello estaban seguros de que si se dignaba aplicar áquellas en Cataluña durante la siguiente campaña para que el enemigo no pudiera juntar las que tenía distribuidas en las plazas que poseía, se podrían ganar Tarragona y Lérida y en consecuencia Àger y Tortosa, con lo cual Cataluña quedaría libre de sus enemigos y de los celos que la amenazaban si se firmaba la tregua reteniendo los castellanos dichas plazas.

Al comunicar su contenido al señor de Marca-inspector general de Cataluña-éste les obligó a borrar una cláusula que a su parecer contenía un tono de reprensión hacia los ministros de la Corte francesa. Ellos decidieron no cambiarlo y se lo enviaron a Puigjaner junto las siguientes instrucciones:

a) Al representar al señor de Marca que al estar la reputación de las armas del Rey empañadas en Italia no se habían enviado más asistencias a Cataluña, ellos habían resuelto suplicar al Rey que se dilatara la firma de la tregua y se hicieran para la campaña siguiente los mayores esfuerzos, quedando ambos consistorios «obligadísimos» de las asistencias que hasta entonces se habían enviado para evitar que no ocupara el enemigo ninguna plazas en Cataluña en caso de tregua.

b) Aunque se hubiera advertido por su Alteza a dichos consistorios que lo dicho en el memorial de que sabían que las armas del Rey en Italia y Flandes «son estades sempre triumfants y gloriosas» podría no ser muy bien comprendido por los ministros de la Corte, estaban seguros de que se lo tomarían a bien.

Mientras, Francia propuso en Münster que cada rey retuviera los territorios que poseyera en aquel momento, con lo cual los franceses se quedarían con innumerables plazas de los Países Bajos, condado de Borgoña, y casi todo el condado de Artois, el condado de Rosellón a ambos lados de los Pirineos, las plazas de Rosas y Cadaqués, y por último Piombino y Portolongone.

El 4 de enero, en una memorial de la Reina de Francia a los plenipotenciarios, se decía que había visto un capítulo que habían dado sobre su intención de Francia de retener todo lo que había conquistado. Por ello les comunicaba su deseo de que también se hiciese mención particular a la retención de Cataluña mediante la treguaseñal de que no tenían antes intención de retenerla no ya por el temor de que en eso pudiera haber dificultad, sino porque los españoles, si llegaban a conocer esta omisión, harían creer a los catalanes que a ellos sólo les interesaba el Rosellón. Por eso aconsejaba añadir el artículo de dicha tregua en el primer papel que dieran, mientras que en Cataluña había que decir que todo se había hecho al mismo tiempo.

Mientras, en una consulta de la Junta de Estado de Madrid, se opinaba que los holandeses querían paz y no tregua; por ello, se aconsejaba advertir a Peñaranda que este título de paz, además de ser una enajenación perpetua de lo que el Rey había perdido en Flandes, no tenía que ver con Cataluña, pues si la tregua en ella había de ser por lo que

9. ACA. Dietari de la Generalitat, Fol 906-909.

durase la de Holanda, siendo paz y no ajustándose de otra manera «el punto de Cataluña», eso comportaría enajenar el Principado de la Corona. En el Real decreto el rey se confomaba con que la negociación con los holandeses fuera un ajuste de paz y no una tregua, advirtiéndoles que «conviene que estén prevenidos de que en caso se haya de ceder sea cautelando que no ha de seguir esta regla el punto de Cataluña, sino que éste corre con el nombre de tregua.»

El día 8 españoles y holandeses firmaban una tregua cuya duración no se indicaba, y que permitía a los españoles respirar en ese frente y enviar tropas a otros escenarios en su lucha contra Francia. A partir de entonces, ésta redobló sus esfuerzos ejerciendo toda la presión imaginable sobre los holandeses para querenunciaran a firmar la paz con España.

El día 12 los plenipotenciarios franceses manifestaban su alegría por la recuperación por parte del virrey de Cataluña de los puestos que el enemigo había ocupado en la plaza de Urgel, «que nos daban harto daño por acá». Luego añadían que intentarían encaminar en lo posible las conveniencias de los catalanes, sin olvidar el declarar en los capítulos de paz la facultad de fortificar «de una parte y otra» las zonas que les correspondieran en la tregua. Por último, decía que dos representantes holandeses les habían dicho que se podrían disponer a obligarse a la garantía de Francia con los nuevamente adquirido y por la paz podría quedarle el Rosellón, como los Países Bajos y Borgoña, añadiendo los puestos de Toscana y la plaza de Casal.

Mientras, en la Junta de Estado, Felipe IV insistió en que el conde de Peñaranda procurara que el ajuste con Holanda se hiciera separadamente de los franceses; pero como la iniquidad de éstos obligaba a firmar juntos ambos tratados sin más dilación, había que buscarla paz por todos los medios, incluso entregando los Países Bajos a Francia ajustándolo por caamiento «o como a VMag pareciere». En caso de no poder superar esto, corriera con ambos tratados, insistiendo en que no se cediera ni Piombino ni Portlongone; y si no, que cediera, tan sólo esta última plaza, porque si no se podía evitar que los franceses pusieran el pie en la isla de Elba, al menos que no lo hicieran en tierra firme.

El día 15 Puigjaner escribía que el Cardenal estaba de acuerdo en la gran conveniencia de procurar echar al enemigo de todas las plazas que ocupaba en Cataluña, pero que era imposible «revencerho», aunque fuera dando el doble a cambio, y que si Francia se adhería a dichos tratados era porque sus aliados, holandeses, tenían ya ajustados todos los artículos con el Rey Católico, y visto que por parte de Francia se daban largas a su conclusión, dichos holandeses habían llegado a decir que si no se ajustaban los negocios por Francia en un tiempo prefijado, ellos acordarían su trato. Francia consideraba un grandísimo inconveniente el apartarse de los holandeses, entre otras cosas porque no sería bueno para Cataluña porque el Rey Católico apretaría la guerra en la parte de Flandes ocupada por Francia, lo que obligaría a ésta a enviar allí sus tropas, lo cual aprovecharía el rey de España para lanzarse con mayores fuerzas sobre Cataluña. Por su excelentísima le había asegurado que intentaría buscar una tregua en las mejores condiciones para Cataluña, y que si no se firmaba la paz, le había asegurado «ques desempenyaran las Armas de França en la campanya y siti de Leyda ab tantas veras com may hage experimentat Cathalunya». El insistió en que se evitase firmar el tratado con la esperanza de que en aquella campaña se expulsara al enemigo de Cataluña.

El día 16 la Reina regente enviaba a los plenipotenciarios franceses el memorial anterior que los consistorios catalanes habían presentado, diciendo que se respondería de manera que los catalanes quedasen satisfechos y se perduadiesen de que no sólo no se podía hacer más de lo que se había hecho en los últimos años por ellos, sino que la resolución que tomase sería para ellos más ventajosa que la continuación de la guerra. Entretanto, para darles más pruebas de las ansias con que se intentaba satisfacer sus deseos de reunir las plazas del Principado, les pedía ofrecer a los representantes españoles Piombino y Portolongone a cambio de Tarragona y Lérida, y si los españoles no aceptaban, se les podría ofrecer sólo por Tarragona, e incluso añadir algunos puestos de los ocupados en Flandes<sup>10</sup>, «y no es que aquí se estime

10. Aunque Mazarino le había dicho desde el principio al embajador que Francia cambiaría a los castellanos las plazas más importantes que conservaban en Cataluña por el doble en Flandes, lo cierto es que aunque quizá los plenipotenciarios franceses tenían el poder de hacer esta oferta, hasta entonces la Reina no acosó hacerlo.

la plaza de Tarragona por más importante que lo que se quiere dar por ella, mas porque será de satisfacción de los catalanes nos debe ser más considerable que otras cuatro aunque valiese cada una tanto como ella». Creían que estas proposiciones no serían aceptadas por el enemigo, pero al menos tendrían dos ventajas: primera, los catalanes verían que se hacía todo lo posible para satisfacerles, y además, imprimirían en el ánimo de los españoles que nada precia-ban tanto como Cataluña, pues por tener allí una plaza de más, querían dejar en otra parte cuatro o cinco.<sup>11</sup>

Los plenipotenciarios franceses en Münster escribían el 21 que siempre habían declarado que pretendían quedarse con todo lo que las armas francesas ocupara a España, y su petición de Cadaqués y lo que estaba a lo largo de la costa desde los Pirineos hasta Rosas, no era más que una explicación, porque habiendo siempre comprendido en el nombre de Rosas todo lo que servía de comunicación del Rosellón con aquel lugar, quedaba entendido debajo de él.

Por su parte, respecto a la firma de la tregua entre España y Holanda, la reina recomendaba poco después a los representantes franceses «afear» la actitud de los holandeses y hacer creer a los portugueses, suecos, y catalanes que sería inevitable la separación de Holanda y Francia si ésta última no firmaba en breve la paz con España. En concreto, a los catalanes se les había de decir si serían prudente persistir en no firmar la tregua sin que los españoles restituyeran las plazas que allí poscían. También se les enviaba copia de la memoria que se había mandado hacer para responder al memorial de los consisto-rios catalanes, y verían «que se tiene más cuenta con la calidad de con quien se habla, que con lo que se cree de la misma cosa y de lo que ella es en efecto». En cambio a España, los imperiales, bávaros, príncipes del Imperio e italianos, había que mostrarles que no tenían ninguna duda de la fidelidad de los holandeses y que esta firma de capitulaciones no alteraba la indisoluble unión que había entre Francia y Holanda.

A mediados de febrero se conoció en Cataluña el contenido de dicha memoria<sup>12</sup> enviada por la Reina en respuesta a la que en diciembre habían enviado los consistorios, donde intentaba convencerles de la necesidad de firmar una tregua. En la explicación del mismo hecha por el señor de Marca se respondía a sus quejas «como si S:M: se huviesse descuydado este anyo en las guerras de Cataluña, empleando sus fuerzas en las costas de Italia». Decía que Francia nunca había dejado de enviar tropas suficientes para rendir Lérida, y «nada más que el solo decreto de la Providencia de Dios ha impedido la conquista de la plaza para castigar nuestras ingratitudes».

También decía que la armada francesa había devastado en primavera las fuerzas del reino de Nápoles que debían emplearse contra Cataluña, la cual se pensaba emplear el verano anterior al sitio de Tarragona si la inesperada continuación del de Lérida no lo hubiese impedido, siendo imposible hacer ambos al mismo tiempo en presencia de un poderoso ejército enemigo. Además, la conquista de Piombino y Portolongone servía para la seguridad de Cataluña, entreteniéndola la armada española en las costas de Italia. Además, había dado orden a sus plenipotenciarios en Münster de ofrecer a España el reino de Navarra y tres ciudades en Flandes por cada una de las tres ya mencionadas, en Cataluña; y aunque las conquistas en aquella zona eran de gran importancia para París «cabeça del reyno y morada ordinaria de los Reyes», como estimaba más un palmo de tierra en Cataluña que ciudades enteras en otras partes, había ofrecido últimamente Piombino, Portolongone, y diversas plazas en Flandes a cambio de Tarragona. Después se daban razones para firmar la paz antes de cobrar Tarragona, Lérida y Tortosa:

En primer lugar, la Cristiandad necesitaba un concierto entre los príncipes para resistir el poder turco. Los aliados querían la paz, y los holandeses ya la habían firmado con España dando ejemplo a los suecos de poder tratar separadamente, y «briosos» los enemigos para hacer esta división y hacer juntos la guerra contra Francia. Por lo tanto, si se rehusaba la paz, esto provocaría el odio universal contra Francia por continuar perturbando a la Cristiandad, y tendría que soportar sola el peso de la guerra en Flandes, Alemania, Italia y Cataluña contra

11. CODDIN-His Esp, Real Academia de la Historia, Madrid, 1884-1885, vol 83 pgs. 43-44

12. Sanabre, *op. cit.* p. 682-683.

13. Sánchez Marcos, *ob. cit.* p. 11. (extraída de Sanabre).

el poder de la Casa de Austria y sus aliados, de manera que, divididas sus fuerzas, no podría acudir con las necesarias a amparar a Cataluña como hasta entonces.

Por ello, si no se firmaba la paz, existía el peligro de que con el tiempo el rey Católico se apoderara de Cataluña; por lo cual se había ordenado fortificar los puestos más convenientes frente a Lérida y Tarragona donde se establecerían tropas de guarnición bien pagadas, gobernadas y disciplinadas, y quedaría en la costa una escuadra de galeras. Y si el enemigo violaba el tratado de paz, los príncipes confederados juntarían sus fuerzas a las de Francia para vengar «la injusticia hecha a la fe pública».

Luego decía que el tratado de paz aún no estaba firmado, e insistía en que una tregua de treinta años entre ambas Coronas sería una paz con otro nombre, pues sería difícil al rey de España intentar arrebatar Cataluña a Francia.

El 25 de febrero Puigjaner anunciaba el nombramiento del Príncipe de Condé como nuevo virrey, pidiendo licencia para regresar a Barcelona, y el 15 de marzo tras anunciar que había firmado el emperador con Francia, reiteraba su pesimismo diciendo: «Lo nostre mal es que lo que té respecte a Cathalunya ja esta conclós y que Portugal resta sens treguas»

## CONCLUSIONES

Como ha dicho Sánchez Marcos: «Cataluña sólo era una pieza entre muchas, en el tablero donde la hegemonía en la Europa Occidental se jugaba entre dos grandes poderes, el reino de Francia y la Monarquía española. Las demandas de los podereseconfrontados en el conflicto de Cataluña variaban según la fortuna de las armas»<sup>13</sup>. Tras fracasar la tentativa francesa de cambiar Cataluña por los Países Bajos y el Franco Condado, los holandeses actuaron de intermediarios entre los franceses y los españoles en sus conversaciones de paz, y a la vez entraron en negociaciones directas con los españoles para firmar una tregua. A partir de entonces los holandeses sufrieron fuertes presiones de los franceses para que convencieran a los españoles de que les cedieran todas las conquistas que les habían hecho incluido el Rosellón más Rosas y Cadaqués, firmando una tregua por treinta años en Cataluña en la que cada potencia mantendría el territorio que conservara allí. Por su parte los españoles se negaba a ello, e intentaban convencerles de que no firmarían la paz si incluían en ella a Cataluña, pues el Rosellón lo daban por perdido. Los holandeses deseaban firmar la paz con España temerosos de que las conquistas de los franceses en los Países Bajos españoles supusieran un peligro para su seguridad por parte de sus hasta entonces aliados.

Estas presiones francesas se incrementaron a partir de la firma de la tregua entre España y Holanda en enero de 1647, intentando mediante medias verdades convencer a los catalanes de las ventajas que les reportaría el que se firmara una tregua de larga duración. Para ello aducían que esta tregua comportaría de hecho una incorporación del Principado a Francia, lo cual además de traerle la tan ansiada paz, le permitiría recuperarse económicamente, aunque al mismo tiempo para contentarles les decían que se propondría el cambio de las plazas más importantes que ocupaban los castellanos en Cataluña por el doble en Flandes, o que la toma de los presidios toscanos contribuiría a su seguridad, aunque lo más probable es que las utilizaran como pieza de cambio o para atacar desde allí a los españoles en Italia e intentar expulsarlos mediante una Liga que allí querían patrocinar. En todo caso sabían que los españoles nunca aceptarían ninguna de estas ofertas, y al mismo tiempo creían que contentarían a los catalanes, cosa que no fue así.

En definitiva, Cataluña siempre fue una simple moneda de cambio en las negociaciones de Münster, víctima del capricho de los franceses que se basaban en su aplastante superioridad militar y en la debilidad de los españoles para ir cambiando sus peticiones a su antojo para probar la reacción de sus oponentes, y aunque aquella se dio cuenta de estas maniobras, poca cosa pudo hacer.